

El parque Álamos y una cascarita de básquet

Jesús Vicente García



I

El puente de Viaducto divide las delegaciones Cuauhtémoc y Benito Juárez, y también separa a la colonia Algarín de la Álamos; y si se camina hacia el sur, en cinco minutos se llega al primero de los veintitrés parques de la Benito Juárez, el Álamos, que oficialmente se llama Jardín Felipe Xicoténcatl (nadie le dice así), militar que participó, entre otras, en la batalla en contra de la invasión norteamericana, a mediados del siglo XIX. Ese parque está situado entre las calles Isabel la Católica y Castilla, y entre Cádiz y Soria, y, transversalmente, Fernando, la calle por la que ingresamos a las canchas de básquet los que llegamos por Bolívar, ángulo desde el que vi por primera vez a Basilio, el grandote, o el “Güero”, como suele decirle la voz basquetbolera popular. Ganaba los balones en el tablero con muy buena técnica, era evidente su preparación en equipos serios.

a

A lo largo de mi juventud, de una u otra forma, siempre llegaba al parque. Si estaba crudo, la cancha me invitaba a cascarear para sacar las toxinas. A veces fue cantina al aire libre para beberme las últimas cervezas de la parranda bajo el tablero de básquet o viendo hacia el terreno de fut que está a un lado.

Hubo un momento de mi vida, o un proceso, en que adquirí, sin percatarme de ello, el vicio de la lectura. Intenté compaginarla con el baloncesto. Algunos años ganaron las letras, pero no me separaba del parque, así que si no iba a la Biblioteca México en Balderas, me iba al parque Álamos a hincarle el diente a alguna novela. Ya más grande, casado, después haber estudiado letras hispánicas, regresé, aunque antes las canchas de la UAM Iztapalapa me prepararon para las siguientes cáscaras de mi vida.

Fue por el 2009 que en el tianguis de la Doctores me encontré al “Greñas”, un *bróder* de juventud y de esclavitud laboral; fuimos mensajeros, trabajamos en una imprenta e hicimos limpieza en un edificio en Tepito para ganarnos la vida, y la vida nos desunió: el “Greñas” partió hacia Acapulco a trabajar de mesero y por años no supe de él. Yo entré de obrero. En este reencuentro sorpresivo, casi cuarentones, regresamos al Álamos a echarnos una cáscara. Jugamos tercias. Basilio era nuestro opositor. Resultaba difícil ganarle los balones debajo del tablero con su casi uno ochenta y nuestro uno sesenta y cinco. Nuestro juego tenía que ser por abajo y muy aguerrido, como la vida misma.

II

En el parque Álamos (mi infancia, pubertad y adolescencia) corrí entre sus andadores setenteros terrosos y lodosos en tiempo de lluvias. La cancha de fútbol en lugar de pasto, como ahora, tenía más piedras que tierra; una caída hacía





Ilustraciones: Beatrix G. de Velasco

trizas las rodillas, las manos, los codos, la cara. Ahí hice mis pininos en materia deportiva en un equipo cuyo nombre no recuerdo. Yo quería ser portero y lo fui a mis nueve años; los guantes no servían para maldita la cosa porque la dureza del piso era terrible; los balones eran de cuero, por tanto, al mojarse, un trallazo en cualquier parte de nuestro enclenque cuerpo dolía más que una mentada de madre, pero ahí estábamos niños de la cuadra y calles circunvecinas en el cuadrilátero del juego del hombre; al crecer, dejamos el fútbol por la cerveza, el cigarro, la música, la hojalatería, el ocio, la literatura, el mismo básquet. Me encantaba el olor del pasto mojado, beber agua de un tubo que salía entre el pasto y que jamás me hizo daño; gozaba el sudor que corría por mis patillas, por el cuello, por el rostro, era para mí signo de fortaleza; corríamos sin cansarnos. La mayoría, jóvenes de clase baja, unidos por un balón de cuero.

En la pubertad, la secundaria unió a unos y desunió a otros; ahí cambié el fútbol por el básquet. En esa época supe que oficialmente se llama Parque Xicoténcatl, en honor al militar que en 1847, compañero de los Niños Héroes, también se envolvió en la bandera y no dejó que el enemigo se la llevara (el gusto por la bandera en los militares me sorprende), aunque acabó muerto con catorce balazos, dice la historia; no lo sé de cierto, diría Sabines. Los andadores ya tenían asfalto, cero piedras.

b

Empezamos a ir cada ocho días. Basilio nos platicaba de los equipos en los que ha desfilado. A la tercera semana supe que ya nomás le faltaba cursar dos materias y la tesis para ser licenciado en Letras. Vi cómo sudó la gota gorda, aunque en las canchas sacaba el estrés. Conocí a Vera, su mamá, muy guapa. Hablamos mucho de algunas novelas de la Brozon, que a Vera tanto le gustan. Pero siempre volvíamos al básquet y al *Quijote*. Basilio juega desde la primaria; en la secundaria y la prepa fue seleccionado, y como estudió en escuelas de paga, iba poco al parque Álamos. Al platicarle todo esto, y de cómo era en los setenta este lugar, se sorprende y escucha con atención.

El deporte nos unió, la literatura convirtió la charla en amistad, igual su tono fresca al hablar, y con cierta ingenuidad que me hacía gracia: esos deseos de parecer que sabía mucho de la vida, me agradaba; es posible que así fuese yo cuando apenas salía del cascarón veinteañero, pero Basilio en la cancha es un maestro del balón, goza al tocarlo, salta, dribla, pivotea, tira, defiende y ataca como un león, como don Quijote, ciertamente.

III

Durante treinta años, en el parque vi todo tipo de basquetbolistas y aficionados que realmente se enojaban cuando su equipo no encestaba, peleas (incluido yo), torneos de mujeres a los que nos quedábamos embobados, jugadores crudos que daba miedo acercárseles, olían a “nenúfares putrefactos”, diría el Gran Sarán (Andrés Soler) en la película *Lo que le pasó a Sansón*. Por cierto, nunca tuve una novia ahí, como muchos sí lo pueden presumir. Basilio no me cree, no porque yo sea un galán, sino porque ve que conozco a mucha gente. “Tas gacho, pero eres simpático”. “Pues tú tas bonito, pero muy pendejo”, y volvemos al juego de manos, nos correteamos y nos reímos, y así como entró la literatura a mi vida —esa adicción de leer otras vidas, conocer otras formas, otras situaciones distintas a las mías, espacios que jamás imaginé, viajes a la luna o a otros planetas—, de esa manera —como el basquetbol, juego que exige disciplina, concentración y estrategia—, así comenzó la amistad con Basilio. Por eso quise contar esta historia desde la cancha de básquet del parque Álamos, pues el mismo “Greñas” subió una foto al féis en la que estoy botando aquel balón que compramos entre Miguel, Víctor, Norma y yo en el mercado Hidalgo; Miguel me está viendo y Norma al fondo platica con “Capulina”. Me dio eso que llaman nostalgia, difícil controlar. El deporte me ha acercado a gente como Basilio y sus cuates, e incluso debo decir que cuando le presté *Corre, Conejo*, de John Updike, nos la pasamos platicando horas. “¿Cuántos Harry ‘Rabbit’ Armstrong hay, o cuántas veces lo somos al no querer enfrentar el mundo y sólo vivimos de glorias anteriores? Armstrong es un fracasado por no agarrar al problema de frente. Esa novela no tiene madre”, decía el analítico Basilio. Agradecido, me invitó a los sopes que están en la esquina de la primaria Chiapas para que sepa lo que es bueno. “Antes que nacieras, yo comía aquí con los cuates. Los sopes de Olga”. Un día le contaré esa historia.

c

Hubo mañanas ochenteras que Miguel y Norma pasaban por mí a la vecindad a las siete de la mañana para irnos a las canchas. Allí íbamos sobre Bolívar, botando el balón, riéndonos de las cosas que decíamos, o Miguel contando la película *Cujo*; o Norma se quejaba que su hermana pusiera toda la mañana el reciente disco de Scorpions, *Blackout*, regalo de su novio roquero. Al llegar al parque, hacíamos ejercicios en el pasto y luego entrábamos a la cancha. El famoso “Capulina”, que quería con Norma, nos saludaba en cuanto nos veía; en las retas siempre hacía pareja con la susodicha. Norma era una chava llenita, guapa, tenía su pegue; con ella y otros cuates más nos íbamos a las fiestas en la Obrera, a los quince años, bodas, tocadas por amor al arte, y se arreglaba bien, le gustaba más el básquet que bailar, y estudiar más que Miguel, Víctor y yo.

Al término de la secundaria, cada quien tomó rumbos bien distintos, unos a la prepa, otros a trabajar, otros a las dos cosas, algunos se embarcaron y tuvieron hijos desde jóvenes, otros se convirtieron en rateros, algunos entraron a la burocracia gracias a las bondades del influyentismo familiar. Pero antes de eso, vino el terremoto, y por un tiempo dejamos esa cancha de básquet, por cierto, la primaria de enfrente quedó mal y creo que volvieron a rehacerla. A Norma, desde que entró a la prepa, la vimos pocas ocasiones, alguna fiesta, en su cumpleaños, le enviábamos saludos mediante su hermana más grande, porque casi no la veíamos. “Yo tampoco”, decía. Lo último que supe es que se tituló en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Miguel y yo vivimos cosas semejantes, trabajar en donde se pudiese. Miguel se fue a Uriangato, Guanajuato, a principios de los noventa. Le iba bien. Parece que ahora la cosa es distinta (el narco, las extorsiones, las muertes).

IV

El sabor de la cancha, los gritos, las idas a la tienda, las peleas, conocer gente, recordar a otras, el amor al básquet por el que conocí a Basilio, me llevó a contar esto. Ha ganado mi amistad. Después de todo, es un buen tipo, aunque sea fresa, ingenuo, querendón y menso con las mujeres, pero así es el bato, el licenciado, el maestro, el galán; y ya que le cuento esto, igual le digo que en la colonia donde él vive, la Álamos, también vivió Lucía Méndez, el cantante Manolo Muñoz, dos elementos del Escuadrón 201 (el Sr. Google me lo confió), y es posible que en ese parque, cuando no tenían asfalto los andadores, cuando la cancha de fut de pasto era de piedra, cuando el agua no contaminaba al beberla de los tubos o de cualquier llave de algún edificio, en los setenta, se conocieron Ernesto Zedillo y Nilda Patricia, y no me digas quiénes son porque sería imperdonable. Me ve y me quiere dar un golpe en el brazo. Lo esquivo. Sonríe. “¿Y habrán ido a algún hotelito de por acá?”. Su cara de pícaro me da risa, pero no me río. Vemos jugar tercias a unos treintañeros. Se acerca un güero, casi escandinavo, y en su español poco fluido nos dice que si hacemos la reta. Estoy a punto de decir que no, que yo ya estoy cansado, pero Basilio dice sí a la menor provocación. Entramos. Jugamos. Sudamos. El parque se llena de mirones, jugadores, niños, padres, perros, vendedores de paletas. En un descanso, Basilio me pregunta en qué año entró Zedillo al poder. Cuando mataron a Colosio, respondo, cuando el sub Marcos escribía comunicados, cuando Camacho Solís renunció al PRI, cuando se devaluó el peso, cuando una cascarita de básquet era el mejor remedio contra el estrés, aún podías beber agua del parque, pero debo seguir jugando igual que la vida misma. ▲▲